

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NÚM. 8613

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Sábado 12 de Julio de 1890.

## ECOS DE MADRID.

11 de Julio de 1890

Es necesario reconocer que hemos ganado mucho respecto de lo que podríamos llamar costumbres políticas. Los cambios de gobierno que en otros tiempos se sucedían con rapidez vertiginosa se verifican hoy de tarde en tarde; y si bien todavía hay muchos individuos y familias que se resisten de estos cambios, no son las consecuencias de las crisis políticas tan profundas y extensas como en las épocas de triste recordación á que he aludido antes.

Mi misión no es juzgar los sucesos que afectan á la cosa pública; mas reducida y modesta, solo abarca las costumbres sociales y dentro de esta esfera puedo ocuparme en asuntos políticos en lo que se relaciona con la vida íntima y la vida social. Por eso afirmo que hoy los tiempos y las desdichas de los partidos políticos no influyen en tan grande escala como antes en el modo de ser de los individuos y las familias. La profesión de político á secas tan socorrida en otros tiempos va desapareciendo. Los jóvenes comprenden que es muy triste depender de la suerte de un partido y trabajar y se crean posiciones independientes con que vivir, sin perjuicio de aprovechar el favor para ocupar puestos de viso ó empleos lucrativos, sin perjuicio de volver cuando caen los suyos al puesto que dejaron.

Creo que la ley de empleados vigente ha contribuido á este estado de cosas y es de esperar que cuando se extinga la clase de satélites de hombres políticos, suceda en España con las crisis que en Francia y en Inglaterra. Un centenar de personajes subirán cuando otro contengan bajen y los funcionarios de la administración envejecerán en el desempeño de sus cargos. Todavía no hemos realizado por completo este bello ideal; pero avanzamos hacia él rápidamente.

Nada más triste que depender exclusivamente de la política. Las familias que no tienen más recursos que los que les ofrece un destino, cuanto más importancia tiene éste, mayor es el batacazo que sufre el que lo desempeña cuando por el decoro ó la necesidad se ve obligado á renunciar al sueldo para refugiarse en el penoso laberinto de préstamos y expedientes, inmediata consecuencia de la absoluta falta de recursos.

¡Qué novelas y qué dramas podrían escribirse con solo reproducir las escenas de la vida íntima á que dan lugar los cambios de gobierno! Cien veces más feliz es el que vive de un modesto jornal, que el que después de disfrutar de un pingüe sueldo, sin poder ahorrar nada, se encuentra de pronto con el día último del mes después de haber pasado por las treinta mañanas en que hay que dar el dinero para la compra.

Antes que despedir al maestro de piano, antes que dejar la casa de ocho ó diez mil reales en donde se vive, antes que despedir á los criados se recurre al préstamo, al saqueo, á veces se vá más lejos y la existencia es un verdadero infierno.

Cuanto más disminuya el número de estas familias, mejor será la vida general de nuestro país y debemos desear que cada día sea más reducido el número de las personas que vivan exclusivamente de la política.

Este será el único medio de que los partidos se moralicen, de que las opiniones sean hijas de las ideas ó de los sentimientos y no de las necesidades.

La opinión condena á los que por vanidad ó necesidad vuelven la casaca como suele decirse. Cuando es por vanidad, estos cambios en efecto no pueden disculparse; pero muchas veces en el fondo de ciertas vergonzosas abdicaciones hay un terrible dilema: ó el suicidio moral ó el suicidio físico.

¡Cuántas familias que pensaban verañear se quedan en Madrid! ¡Cuántas que no esperaban disfrutar de los atractivos de San Sebastián están preparando el equipaje para lucir los trajes apresuradamente encargados en el Boulevard ó el Casino!

Así es el mundo.

Aunque la epidemia no progresa, mucha gente ha resuelto no salir de Madrid y con este motivo el Jardín del Retiro está por las noches animadísimo. Se puede oír una ópera por una peseta; pero son pocos los que la oyen. Los artistas dejan bastantes que desear y lo más agradable es formar coros y charlar alegremente mientras que los cantantes se desgajitan. También están muy concurridos los teatros de Maravillas, Felipe y Apolo. El repertorio es siempre el mismo. Pero la música de Chueca, de Chapí y de Rubio gusta más cuanto más se oye y los espectadores reinciden. El calor no es muy grande todavía y la salud es inmejorable.

Sin embargo presumo que en cuanto llegue Agosto solo quedarán por aquí los cesantes.

Julio Nombela.

## Varietades.

### ENTRE MICROBIOS

No había visto nunca un gabinete donde se estudiase el mundo infinitamente pequeño de la vida, y á la amabilidad de un amigo debo la satisfacción de haberlo visto.

Me imaginaba que esos animalitos inmensamente pequeños, que se llaman microbios, que en todos sitios se encuentran y que tanto daño causan á la humanidad, se guardaban en cajas forjadas de un metal desconocido, perfectamente pulido, para que no se escapasen por los poros, y que el sabio, al abrirlas, suplicaba á los visitantes, mientras las enseñaba, que contuviesen la respiración, é invitaba luego á que se lavasen con mil ingredientes, único medio de que no pasasen los animalitos desde las cajas á los estómagos de los curiosos.

Mi desencanto fue mayúsculo al abrir mi amigo un cuarto del gabinete y decirme: «Este es el cuarto de los microbios.»

Nada tenía de particular; estaba todo tapizado de tela de alfombra, con tres estantes en el fondo, en donde descansaban una porción de redomas de cuello largo y vientre grueso, conteniendo todas un líquido amarillento más ó menos claro tapadas con algodón, y otra porción de botellitas de la misma forma, más pequeñas, enseñando, en vez de tapón, los delgados cilindros de los cuenta-

gotas, cuyos picos descansaban en el suelo de cristal de las botellas, y por las paredes suspendidos por hilos, había muchos tubos largos y cortos, anchos y estrechos, con líquidos de diferentes colores.

En las botellas grandes se cultivaban los microbios en caldos y en gelatinas, que se traspasaban con los cuentagotas á las botellitas y á los tubos de ensayo para los fines del estudio del laboratorio.

Nada de cajas, ni advertencias del sabio, ni temores de muerte.

En aquellas redomas vivían millones de millones de seres, en la obscuridad nadando en el caldo, vegetando silenciosos, importándoles un blido el más allá del cristal de las botellas. Digo en el, había dos microbios, dos animalitos productores el uno del carbunco y el otro del cólera, sentados en la superficie tranquila del caldo y pegados al cristal, que hablaban.

No creo cometer indiscreción si traslado aquí la conversación de ambos; era esta:

—No te parece, caro amigo carbunco que es escandalosa la sujeción en que se nos tiene dentro de estas redomas?

—No tengo por qué quejarme, compañero virgula, se me quita la libertad, pero en cambio me alimento perfectamente y váyase lo uno por lo otro; así como así, yo pertenezco á aquella clase de gente que vive para comer.

—No digo que se nos trate mal con respecto á la comida, que es abundante; pero ¿y la libertad, y nuestra libertad?

—¡Ay, amigo, cuántos quisieran no tenerla y comer bien! Por mi parte aseguro que me encuentro perfectamente, estoy en mi medio, tengo cubierto mi apetito con exceso; ¿para qué necesito la libertad?

—Pues yo no; aquí me consume la nostalgia de mi patria, aquella inmensa sábana de agua que enriquece á la India, en donde vivía alegre y sin cuidados en medio de mis semejantes que eran fuertes y temidos; ¡ay! si ellos me vieran vegetando en este caldo tan dulzón y tan amarillo, no me conocerían: he envejecido mucho; creo que si me soltaran apenas tendría fuerza para quebrantar á mis opresores. Mira. ¿Te has fijado en la etiqueta de la redoma? «Bacillus virgula»—caldo atenuado número 3—¡qué vergüenza! ¡yo, que antes, con mi sola presencia, hacía bambolear la riqueza de una nación, verme aquí rchido, sujeto al capricho de uno de esos hombres que la humanidad llama sabios, que me alimenta con matemática exactitud, quedándome buenos manjares, me roba fuerza y seguro de mi decadencia se atreve á introducirme en la sangre de sus semejantes, para probar que pertenezco á la clase de los inválidos!

—¿Y te quejas? Yo apenas conozco el mundo; de un carnero me trasladé al pastor que lo guardaba, y mi mala suerte me llevó á establecerme debajo de la piel de una de sus mejillas, de donde, á los pocos días, que levanté casa y empecé á crear á mis pequeñuelos, nuestro dueño actual, ese señor regordete, de barba negra, me trasplantó á esta redoma, sin consideración de ninguna clase en compañía de la carne que le arrancó con el bisturi al enfermo; pero así y todo ya lo he dicho, no me quejo; peor hubiera sido que no me alimentaran.

—Tal vez porque no has viajado hablas así; si tus ojos hubieran visto el Ganges, si hubieses contemplado sus riberas llenas de la lujuriosa vegetación; si hubieras tocado las inmensas riquezas que atesora el país que baña; si hubieras estado en medio del mar, dentro de esos barcos gigantes que tiene la «Mala de la India», que llevan en sus entra-

ñas de madera lo que producen millones de seres que viven mecánicamente; si te hubieras pasado por Europa y América; si en tu honor se hubiera hablado en Congresos, Academias y Ateneos y hubieras visto caer ministros y acuchillar á la multitud, con seguridad que no te contentarías con pasar la vida ahí en esa redoma, en un banquete continuo, si no que reclamarías á voz en cuello tus derechos y tu autonomía.

—No digo que no; pero, amigo mío, no nos queda otro remedio que doblegarnos á la fuerza de las circunstancias. Antes de que nos vieran por esos tubos llenos de cristallitos que llaman microscopios, nosotros campábamos por nuestros respetos, ibamos donde queríamos; lo mismo—hablo por mí—hacia una visita al pobre que al rico, y se me importaba un comino que los médicos me propinasen cataplasmas y pomadas, porque creían de buena fé que los tumores que mi presencia desarrollaba eran curables; pero desde que se les ocurrió pensar que yo vivía y me sorprendieron con el auxilio de esos diablos de microscopios, ya he concluido de ser libre, ya me cultivan, como dicen los sabios que me dan de comer; ¿qué quieres que haga si ya me conocen?

—¡Si fuera eso sólo! ¿qué importa que me conozcan? Lo que me duele, lo que me causa tristeza es que se aprovechen de mi debilidad, de la «atenuación» de mi fuerza para esterilizar la de mis semejantes; ¡se me inocular se me obliga á ir á la vanguardia y á esperar á mis colegas para derribarlos!

«No es posible que intentéis nada aquí, porque este individuo está ya en disposición de no haceros caso.» ¿Comprendes ya lo doloroso que es para un padre no poder dar de comer á sus hijos, porque ha envenenado la harina que servía para amasar el pan?

—Pues, amigo, lo siento en el alma; nada puedo hacer en obsequio tuyo, y tú tampoco en el mío. Pero ¡calle! ¿oyes lo que dice el ayudante de doctor, ese muchacho con gafas que nos renueva el caldo y pone las etiquetas en las redomas? Que el cólera está en España, que tus semejantes han tomado por asalto los intestinos de algunos labradores de la provincia de Valencia y que... el gobierno se dispone á...

—¿Impedir que mis semejantes acometan á nuestros opresores y tomen el desquite de las inconsideraciones y de los sufrimientos que padezco?

—Se dice que el gobierno se dispone á impedir con mano fuerte que la enfermedad se propague.

—¿Y nada dice de los medios que empleará para combatirlos?

—Supongo que serán los científicos, porque hoy se practica de veras el refrán que dice:

«A Dios rogando y con el mazo dando;» por de pronto se han enviado médicos, desinfectantes y sacerdotes que con seguridad curarán las almas y los cuerpos de los pacientes y la atmósfera que respiran. Dice nuestro dueño que se practican análisis en las deyecciones...

—En eso pierden el tiempo, amigo mío; nuestra presencia es conocida en los sitios en donde la higiene no existe, y penetramos con la rapidez del rayo en las poblaciones donde no hay aseo, ni autoridades celosas, ni dinero para ayudar á comer bien á la gente que come mal siempre.

—De manera que tus cofrades únicamente hincan el diente donde la higiene se desconoce?